

por sentimientos patrióticos, que por razones fundadas y convincentes. Cierta es que las ideas dominantes en aquella época (la Edad Media) las costumbres rudas y sin ilustración de sus habitantes, daban á la guerra un carácter de barbarie y de crueldad, pero no á tal grado de confundir el vicio con la virtud, la lealtad con la traicion y la fuerza con la debilidad. En el Cid, desgraciadamente encontramos estos gravísimos defectos, se cree immaculado para exigir de su rey D. Alfonso, el juramento de que él no había tenido participio en la muerte de D. Sancho, cuando no había ningun fundamento para este cargo; sin acordarse el Cid, ni darle ninguna importancia, que él era en aquellos momentos, el caballero ménos digno de todos los que concurren á aquella ceremonia, por los asesinatos que por su consejo se cometieron en los vencidos de Carrion. Paladín afamadísimo como protector y defensor de los cristianos, lo vemos unirse á los sectarios del Profeta y dirigir sus armas contra la Cruz, haciendo multitud de estragos en el campo de sus antiguos compañeros, y conducir á su jefe ante el rey moro, como un trofeo de su victoria. En la toma de Valencia garantiza á los vencidos, por medio de un tratado, la vida y haciendas y en lo personal en un discurso, les vuelve hacer estos ofrecimientos, para muy poco despues violar los artículos de la capitulacion, poner preso y dar muerte por medio del fuego, al jefe de los vencidos Ben-Gehaf, despojar de sus bienes á los capitulados y lanzarlos á casi todos de sus hogares, y obligarlos á que viviesen aglomerados en la Alcudia, oprimiéndoles con despotismo. Hace alianza con tres príncipes, y á los tres los engaña con éste ó aquel pretexto, porque así convenia á su intento, dejándolos burlados. En Burgos, con poca diferencia, comete como en Valencia iguales abusos. Siendo

la guerra su único elemento, la declara si así lo exigen sus intereses y hace las paces cuando le es perjudicial. Sin principios fijos, ni creencias arraigadas, marcha movido por su inclinacion y conveniencia. Sin embargo dura y exagerada me parece la comparacion que hace Quintana entre el Cid y los *condottieri* italianos, porque los designados con este hombre siempre han sido jefes de bandoleros, aunque hallan tenido algunos rasgos generosos.

No obstante, sus arrojadas correrías, sus innumerables triunfos y su habilidad como gran capitán, le hicieron reconquistar multitud de grandes poblaciones de manos de los moros y ensanchar su dominacion, siendo estas victorias las que prepararon el triunfo de los españoles sobre los árabes.

Otro guerrero notable viene despues del Cid, aunque no precedido de la fama de éste, ni tan cantado en las leyendas por los poetas y escritores, Hernando Gonzalez de Córdoba, conocido comunmente por el Gran Capitán.

En el sitio y toma de Loja, comenzó á distinguirse por su valor, inteligencia y extraordinaria audacia. La descripción de este asalto por el ejército cristiano, y en el que figuraba de una manera notable Gonzalo de Córdoba, será siempre una prueba irrefragable de las funestas consecuencias de un sitio.

"Asaltada la ciudad por puertas, por muros y por tejados, arrollados los moros en calles y plazas, refugiáronse al alcázar despues de tres horas de mortandad, dejando la poblacion sembrada de cadáveres y á la merced de la soldadesca cristiana, que saqueaba á discrecion y degollaba sin piedad.

"Sus repetidos triunfos sobre el ejército francés, al mando de Aubigny en sus campañas de Italia y sus rápidas

marchas vinieron á demostrar que era acreedor al título de Gran Capitan. Sin embargo, en su brillante carrera se encuentran algunos puntos oscuros. El haber violado el juramento que hizo al duque de Calabria, de defender sus estados para despues despojarlo de ellos. El haber puesto en manos de Fernando el Católico á Cesar Borgia, que era su implacable enemigo, cuando Gonzalo le habia ofrecido no entregarlo. El de haber derrochado de un modo escandaloso, los cuantiosos recursos que se pusieron á su disposicion, para las campañas de Italia, ocasionando con esto, grandes trastornos y compromisos en el ejército español y de donde toma origen el proverbio muy conocido de *las cuentas del Gran Capitan* y cuyo nombre se les dió por lo siguiente: Enviados varios enemigos de Gonzalo de su mucha gloria y gran reputacion, buscaban un medio de indisponer contra él á su soberano, este recurso fácilmente lo encontraron. « Uno de los cargos que se hacian al Gran Capitan, era que con su prodigalidad y magnificencia, habia derrochado los caudales públicos. Solicitaron algunos, que se le tomasen las cuentas de las sumas invertidas en los gastos de la guerra. El rey tuvo la debilidad de condescender á que se presentasen los libros. Por ellos resultaba realmente alcanzado Gonzalo, en muy considerables cantidades. Pero él, sin turbarse por eso, expuso que al dia siguiente presentaria las suyas, y se veria quien alcanzaba, si el fisco ó él. En efecto, al dia siguiente, presentó un libro en que comenzó á leer partidas por el orden y la especie siguiente:

« *Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales, en frailes, monjas y pobres para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas españolas. Cien millones, en palas, picos y azadones. Cien mil ducados en pólvora y balas.*

« *Diez mil ducados en guantes perfumados para precaver á las tropas del mal olor de los cadáveres de los enemigos, tendidos en el campo de batalla.*

« *Ciento setenta mil ducados en poner y renovar campanas destruidas, con el uso continuo de repicar todos los dias, por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.*

« *Cincuenta mil ducados en aguardiente para las tropas en un dia de combate. Millon y medio de idem para mantener prisioneros y heridos. Un millon en misas de gracias y Te-Deum al Todopoderoso. Tres millones de sufragios por los muertos. Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en esptas. Y cien millones por mi paciencia, en escuchar ayer que el Rey pedia cuentas al que le habia regalado un Reino.*»

Seguian á éstas, otras no ménos abultadas y estravagantes, de modo que asombrándose unos, riéndose otros, confundidos los tesoreros y denunciadores y avergonzado el rey, hizo éste suspender la lectura y mandó que no se volviese á hablar del asunto. « Gonzalo se habia propuesto con este artificio dar una leccion al rey y á sus acusadores de cómo debia ser tratado un conquistador.»

No creo muy honroso para el Gran Capitan (como lo indica Lafuente que fué, al rendir tales cuentas). Todo el que maneja intereses agenos, ya sean de particulares, ya de la nacion y cualquiera que sea la posicion en la escala social del que los maneja, obligado está á dar su exacta distribucion. Leccion mucho mas severa y mas honrosa, habria Gonzalo dado al rey y á sus acusadores, si hubiese presentado su manejo comprobado.

Acúsase tambien al Gran Capitan por varios historiadores, de que se preparaba para traicionar á su rey, pero que la muerte le impidió realizar tal delito, asegurando que es-

taba en relaciones con el archiduque Carlos, y comprometido á proclamarlo rey de Castilla y que con tal objeto se embarcaria Gonzalo en Málaga para dirigirse á Flandes, acompañado de los condes de Cabra, de Ureña y con el marquez de Priego, que el rey convencido de la exactitud de lo que le aseguraban los enemigos de Gonzalo, que eran personajes de gran cuenta, como D. Francisco Rojas, embajador de España en Roma, D. Juan de Lanuza, virey de Sicilia, Nuño de Ocampo, gobernador que habia sido de Castelnuovo; D. Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mélito; y Próspero Colona, jefe de las tropas italianas en las campañas de Nápoles; despachó un comisionado para que le impidiese su embarque y ordenó que se le vigilase escrupulosamente y que en caso necesario, aun se le aprehendiese. Mas que susceptible, envidioso el rey de las glorias y de la fama de Gonzalo, lo veía con prevención y mas aun, cuando sabia que el Papa Alejandro VI le ofrecia hacerlo jefe de las fuerzas pontificias, acordándole otras gracias. Gonzalo, como el Cid, en su brillante carrera tuvieron que sufrir, no solo los enconados tiros de sus émulos, sino la animadversion de sus soberanos. Alfonso VI herida su delicadeza por el Cid, al tomarle el juramento de no haber tenido participio en la muerte del rey D. Sancho, su hermano, y el Gran Capitan hostilizado por Fernando el Católico, con más ó menos justicia, con mas ó menos fundamentos, ámbos sufrieron el disgusto de sus reyes.

Otros historiadores niegan que Gonzalo hubiese intentado traicionar á su soberano, juzgando como una calumnia tal acusación y como una prueba de su inocencia, presentan una carta de Gonzalo dirigida al rey en la que le protesta su lealtad y sumision diciendole lo siguiente:

*«Que por esta letra de mi mano y propia leal voluntad escrita, certifico y prometo á V. M. que no tiene persona mas suya ni cierta para vivir y morir en vuestra fé y servicio que yo, y aunque V. A. se redujese á un solo caballo, y en el mayor extremo de contrariedad que la fortuna hubiese de obrar, y en mi mano estuviese y autoridad del mundo, con la libertad que pudiese desear, no he de reconocer ni tener en mis dias otro rey y señor sino á V. A. cuanto me querrá por su siervo y vasallo. En firmeza de lo cual, por esta letra de mi mano escrita, lo juro á Dios como christiano, y le hago pleyto homenaje dello como caballero, y lo firmo de mi nombre y sello, con el sello de mis armas, la embio á V. M. porque de mi tenga lo que hasta agora no ha tenido, aunque creo que para V. A. ni para mas obligarme de lo que yo lo estoi por mi voluntad y deuda, no sea necesaria. Mas pues se ha hablado en lo escusado, responderé con parte de lo que debo, y con ayuda de Dios, mi persona será muy presta con V. A., para satisfacer á quanto converná á vuestro servicio.»*

*Nuestro Señor la Real persona y Estado de V. M. con Victoria prospere.*

De Nápoles, á dos de Julio, M. D. VI.—De V. A. muy humilde siervo, que sus reales piés y manos besa.—*Gonzalo Hernandez*, duque de Terranova.

Cansado Gonzalo de la cruda guerra que le hacian sus enemigos, pidió al rey licencia para retirarse á su ducado de Terranova. Negóse Fernando á esta solicitud, concediéndole que marchase solo á Loja, influenciado por los enemigos de Gonzalo, que le hicieron creer que el deseo de retirarse el duque á su ducado de Terranova, se debia al gran interés que tenia el Pontífice de nombrarlo duque de Ferrara y hacerlo jefe de las fuerzas de la iglesia y de los ejérci-

tos de la Liga, como ya S. S. lo había desde antes manifestado al rey Fernando. Todos estos manejos y acusaciones no pasaron desapercibidos al Gran Capitan y lastimado vivamente su delicadeza por tales comentarios, escribió al rey enviándole sus poderes, y diciendole:

*«Que para ermitaño, como lo pensaba ser, no tenia necesidad de ellos, y que se iria á vivir en aquellos agujeros, contento con su conciencia y con la memoria de sus servicios, teniendo aquel destierro por una de las mercedes que de la mano de Dios habia recibido, muy colmada para el alma y para el cuerpo.»*

Retirado á Loja, cumpliendo con las órdenes de su soberano, muy poco tiempo despues fué atacado de calenturas intermitentes, y con el objeto de ver si se restablecia, su familia lo llevó á Granada, pero su mal se agravó, habiendo muerto el 2 de Diciembre de 1515. Un historiador español hablando de la muerte del Gran Capitan, dice lo siguiente:

En los últimos dias de su vida, oyósele decir que solo se arrepentia de tres cosas, de haber quebrantado el juramento que hizo el duque de Calabria; de haber violado el salvo conducto que dió á Cesar Borgia á quien entregó en manos del Rey Fernando, personal enemigo de entre ambos; y ademas otra tercera, que no quiso descubrir, y que unos suponen fuese no haber puesto á Nápoles bajo la obediencia del archiduque y, otros sospechan, seria no haberse alzado él con el señorío de aquel reino, aprovechando el favor con que le brindaba la fortuna.

Si me he extendido un poco en presentar algunos episodios indignos de estos dos ilustres capitanes, muy léjos de mí ha estado la idea de lastimar á ellos, ni á la generosa Nacion Española, nuestra madre patria. Escritores mexicanos, enemigos de la independencia de su país y de

muy estrechas miras, jamás convendrán que las naciones como los individuos llegan á cierta época en que la independencia y libertad es su estado natural. Conducta indigna ha sido la de aquellos publicistas y tanto mas censurable, cuanto que ella ha dado pávulo para que escritores extranjeros, sin conocimiento ni de los hombres ni de los sucesos políticos de nuestro país, insulten la memoria y hagan resaltar las manchas y defectos de nuestros héroes, presentandolos como sin ejemplo, en las biografías de los hombres célebres.

Pero dejamos ya las glorias del viejo continente, y pasemos á examinar las de los pueblos del nuevo mundo, personificadas en dos ilustres ciudadanos y notables guerreros, Jorje Washington y Simón Bolívar.

Los hechos que han inmortalizado al general Jorje Washington, presentándolo como una de las glorias mas puras entre los hombres célebres, no se deben ciertamente á sus dotes como gran capitan, ni ha extraordinarios hechos de armas. Buen general, valiente, activo, de una energía y prudencia notables, y sí llamó la atencion universal como uno de los autores principales en la independencia de su país, su nombre pasará á las generaciones futuras como un modelo de gobernantes. Con verdadero empeño he buscado en los historiadores mas notables de los Estados Unidos como Bancroft, Espencer, Laboulaye y los biógrafos de este ilustre ciudadano, como Marshal, Sparks, Ramsay, Washington Irving y otros, alguna de aquellas manchas que por desgracia he hecho notar en los héroes de que he hablado, y en ninguno he encontrado algo que merezca fuerte y justa censura, y con tanto mas empeño se han buscado, estos datos, cuanto que siendo hijo del continente americano el que esto escribe, no quiere que se

atribuya á parcialidad lo que ha dicho de los del continente europeo.

Uno de sus biógrafos (Marshall) que es sin duda uno de los que ménos lo elogian, dice de él lo siguiente:

El general Washington era de estatura regular, robusto y de una constitucion vigorosa; estaba acostumbrado á la fatiga y necesitaba hacer mucho ejercicio para conservar su salud. Aunque su exterior revelase la fuerza, eran graciosas sus formas y airoso su continente.

Washington era mas bien reservado que franco, pero sin esa sequedad y rudeza natural en los hombres que poseén esta cualidad de una manera exagerada, pues cuando hacia al acaso, demostraba que su conversacion era tan agradable como pudiera exigirlo la mejor sociedad. Toda su persona revelaba desde luego cierta dignidad, pero sin afetacion ni altivéz, y aun los que se preciaban de ser sus amigos íntimos, le profesaban el mayor respeto.

Era muy humanitario, benévolo y conciliador, pero hérase su susceptibilidad por la menor cosa que creyera ofensiva.

En sus negocios privados era un hombre económico, no derrochaba sus intereses en caprichos ó gastos supérfluos, pero su bolsa siempre estaba abierta tratándose de cosas útiles ó de hacer algun beneficio, ó de socorrer con uno de esos donativos que la verdadera miseria, puede exigir de la opulencia.

No hacia alarde de esa vivacidad que fascina, ni de ese talento que impone, y mas sólido que brillante, su buen juicio y no el génio, constituia la cualidad dominante de su carácter.

Aunque sin ostentar su amor á la religion, era sincero y un hombre verdaderamente devoto.

Como hombre militar, era valeroso, emprendedor y prudente, aún los mismos que no querian reconocer en él las elevadas cualidades de un buen general, no niegan que fuera un hombre de mucho valor y de una firmeza y energía que ni los peligros, ni los obstáculos pudieron vencer. Si en su carrera militar no se registran brillantes hechos de armas, se ve sin embargo que merced á sus acertadas y prudentes medidas adecuadas á las circunstancias, se salvó á caso su país.

Colocado, sin que antes estudiara la teoría, ni aprendiese en la escuela de la experiencia la táctica de la guerra, á la cabeza de una multitud indisciplinada y sin organizar, sin saber bien cuales eran sus deberes en el campamento, y sin el auxilio de oficiales dotados de los conocimientos que debía adquirir mas tarde, hubiera sido muy difícil que otro sino él, saliera bien en su empresa. Pero Washington era hombre de mucha energía y grandes disposiciones, aprovechaba todas las lecciones de la experiencia, y si alguna vez cometia errores, reparábalos inmediatamente, adoptando siempre todas las medidas que en su concepto eran mas convenientes. Siendo inferior á su enemigo en las fuerzas, en el equipo y en la disciplina de sus tropas; es á no dudarlo un verdadero mérito, que jamás obtuvieron sus adversarios grandes ventajas sobre él, así como que tampoco dejara pasar nunca la oportunidad de dar algun golpe de mano importante. A Washington se le ha llamado el Fazio Americano, pero los que comparen sus obras con sus medios de accion, podrian ver que tiene tanto de Marcelo como de Fazio. No podia haber sido mas emprendedor, sin poner en peligro la causa que defendia, ni haberse expuesto mas, sin que se le acusara justamente de temerario. Sin confiar en esas cualidades que á veces favorecen

las empresas desesperadas, no tomaba ninguna determinación sin calcular bien antes cuales eran las probabilidades de éxito, pero cuando se le llamó por segunda vez para conferirle el mando de los ejércitos de los Estados Unidos, habían cambiado las circunstancias y resolvió en consecuencia variar de conducta. Al organizar el ejército en 1798 buscó hombres distinguidos por su arrojo y por su prudencia en el consejo y proyectó un sistema de continuo ataque.

«Al enemigo, decía el general en sus cartas privadas no se le debe permitir que vaya ganando terreno en nuestro país.»

En su administración civil, así como en su carrera militar, dió repetidas pruebas de esa práctica y buen sentido, de ese juicio profundo y esquisito tacto, que son quizá las más preciosas cualidades del entendimiento humano. Consagrándose á los deberes de su cargo y sin más objeto que conseguir el bien estar público, acostumbróse á preever las situaciones críticas en que podrían encontrarse los Estados Unidos, y trazábase de antemano la línea de conducta que convendría observar. Desconfiando siempre de las primeras impresiones, trataba de adquirir los más minuciosos informes en cuantos asuntos tenía que resolver, y escuchaba á todos, tomando en cuenta las razones que se alegaban en pró ó en contra de cualquier medida. Suspendía su propio juicio hasta que llegara el caso de tomar una determinación y como reflexionaba antes maduramente, rara vez se le hacia desistir.

Respetando como debe hacerlo el jefe de todo gobierno libre, la opinión del pueblo, esperaba de éste su aprobación, procurando siempre favorecer sus intereses y desterrar sus precauciones. Aunque la popularidad no fuere para él una

cosa indiferente, no le detenía el temor de perderla, por llevar á cabo una medida en su concepto útil y necesaria, aun cuando no lo creyese así el pueblo, mostrando en esto una firmeza que difícilmente se encontraría en un hombre vulgar.

Washington era un verdadero republicano, ardiente defensor de la constitución del país y de la igualdad de los derechos políticos, pero comprendía que *entre una república bien entendida y una democracia, existe la misma diferencia que entre el orden y el caos*; en su concepto, la verdadera libertad solo podía conservarse haciendo respetar la autoridad de las leyes y manteniendo la energía del gobierno. El opinaba que en la sociedad no era fácil encontrar dos caracteres tan opuestos, dos tipos tan distintos como el de patriota y el demagogo.

No se ha presentado seguramente nunca en la escena pública hombre alguno, cuya rectitud fuese tan incorruptible, ni cuyos puros principios se conservaran tan libres del contacto de esas egoístas é indignas pasiones que alimentan el espíritu de partido, no teniendo motivo alguno para ocultar sus opiniones, ni el más insignificante de sus actos, ni aun su correspondencia, ofrece un solo caso para que alguno de sus enemigos infiriese que era capaz de obrar con doblez. No puede ponerse en duda de ningún modo, que siempre sus fines fueron rectos y puras sus intenciones, y ciertamente que pocos como Washington habrán ofrecido al mundo el raro ejemplo de un político, que lejos de recurrir á los engaños y subterfugios procedía siempre, tanto con los gobiernos extranjeros como con sus compatriotas con la mayor sinceridad y buena fé.

La máxima favorita de este gran gobernante de que *la honradez es la mejor política*, y que siempre trató de ob-